

«un bello compañero que te dio su alegría». Pero el más eterno de todos los elementos familiares parece ser el mar mítico, un mar sin memoria, sólido, indiferente; un mar que desconoce el adiós porque no conserva el recuerdo, el mar que borra las huellas de la arena, el mar que ve dormir las velas solitarias. Siempre el mar como testigo de la existencia, un testigo permanente, casi la única presencia de eternidad: «esa frescura eterna que hace dioses muy niños los ojos del que mira».

## La lucidez erótica

Es curioso observar la cantidad de aspectos que pueden ser analizados por separado en la rica obra de Francisco Brines y cómo ninguno de ellos ha tentado al poeta a esa aventura tan común del libro monotemático. Todos esos aspectos se han integrado en una sólida poética y no son desvinculables los unos de los otros. La única excepción radica en «Poemas a D. K.», que es el resultado de agrupar poemas amorosos contenidos en toda su obra anterior, pero no realizados previamente con esa voluntad de conjunto.

Me hago esta reflexión en el momento en que he de referirme en este trabajo a los poemas amorosos de Brines, que quizá sean los más o tal vez todos. Antes he dicho que Brines es un poeta de la naturaleza y ahora puedo decir que Brines es un poeta del amor. Estas calificaciones conducen siempre a una especie de perogrullada. No se miente, pero se simplifica. De cualquier forma, siendo como es fundamentalmente un poeta del tiempo, cierto es que el amor desde múltiples perspectivas se convierte en el motor de su meditación profunda. La fugacidad del goce, la temporalidad de la experiencia amorosa, estará presente siempre, ya se trate de la más plena experiencia del amor —«Tiempo y espacio del amor» es una hermosísima muestra de *El otoño de las rosas*— o de la más limitada, pero intensa vivencia del erotismo —remito, por ejemplo, a «Erótica secreta de los iguales». En un sentido más genérico podría decirse, y no sin propiedad, que toda su obra es amorosa. El amor familiar y su entorno todo quedarían asumidos por esta clasificación. Pero no ganaríamos gran cosa con esto en un estudio clarificador. Es menester, sin embargo, para ser justos, sustraer la personal vivencia amorosa de Francisco Brines que le permite revivir la pasión por la vida, siempre en el ámbito de la memoria de lo vivido. Su tratamiento de la experiencia amorosa es de los de mayor originalidad en nuestra época y su condición de pionero en la expresión del amor heterodoxo no basta para explicar el modo en que la tragedia del tiempo se sustancia en unos poemas amorosos tan singulares, tan diversos en su variada gama de contemplación.

*El otoño de las rosas* no es el libro que contiene mayor número de poemas explícitamente amorosos, pero los que contienen, como algunos señalados, y especialmente «El más hermoso territorio», constituyen una demostración bien clara de que Brines es «uno de los poetas españoles más lúcidamente eróticos de nuestro tiempo», recogiendo la expresión afortunada de José Olivio Jiménez.

Yo resaltaría en esta entrega, y por lo que respecta a este aspecto de su obra, un mayor atrevimiento del poeta y una mayor rotundidad expresiva en algunos poemas, que no excluyen, sino que por el contrario parecen subrayar la delicadeza expresiva de su verbo. Así, no sólo el amor totalizador de su existencia donde el poeta se ha encendido,

sino la evocación de los cumplimientos del deseo, el goce circunstancial, la aventura, el amor mercenario o la sed de la carne alcanzan cimas expresivas en *El otoño de las rosas*. El poeta se expresa, lo digo con sus palabras, desde «el sentimiento ingrato de la inseguridad/ que acompaña a la dicha».

He aquí un emocionante conjunto de palabras pronunciadas desde la noche por un poeta que en la noche halla el cobijo de su precaria sombra: «Te has sentido tan dentro de la noche/ que oyes tan sólo respirar tu pecho». A lo largo de *El otoño de las rosas* habla Francisco Brines del tiempo negro, de la carne apagada por la noche, de las más negra luz referida al cuerpo. El tiempo hecho noche y otoño, vivo mar o apagado amor, se hace palabra nítida en este libro de Francisco Brines y vuelve a proclamar su piedad por los hombres. Es ésta una proclamación que se ha ido cumpliendo, libro tras libro, y que parece compendiarse ahora en *El otoño de las rosas* como en un hermoso y decadente jardín en el que nos fuéramos despojando al tiempo que los árboles. Voy a decir con palabras de Shelley lo que me parece que es este último libro de Francisco Brines: «imagen misma de la vida expresada en su verdad eterna».

Fernando G. Delgado

## Adiós al modernismo\*

A pesar de que las vanguardias o nuevos movimientos artísticos se anuncian en Europa, Hispanoamérica ha sabido hacer de ellos asunto propio, en muchos casos reciclándoles; o tomando como punto de partida lo hecho al otro lado del Atlántico, tendencias completamente originales han florecido, tales como el realismo mágico.

A tenor de lo expuesto en *Las vanguardias literarias en Hispanoamérica*, de Hugo J. Verani, el vanguardismo latinoamericano se inicia hacia 1916 con una serie de manifiestos y proclamas en una especie de reacción ante el modernismo rubendariano que ya se vislumbraba como decadente. Movimientos como el estridentismo mexicano, ultraísmo argentino, postumismo dominicano y diepalismo puertorriqueño. Concretamente la poesía siente la necesidad de ir abandonando estéticas que se le antojaban rígidas,

\* Las vanguardias literarias en Hispanoamérica, Hugo J. Verani; Bulzoni Editore. Roma, 1987.

como la simbolista, y se miraba en espejos que acusaban una mayor versatilidad, inflexión que le infundía al nuevo verso la libertad y agilidad necesarias para habitar en un mundo que asomaba a la contemporaneidad. Claro que como toda revolución, la vanguardista siempre creyó que era la última y alegremente apostrofaba las escuelas que le habían inmediatamente precedido.

Pero no importa. Lo que vale es la renovación con que los escritores de la década de los veinte se empeñaban en presentar como imprescindible para un arte que sentían se anquilosaba y que corría el peligro de morir ante el avasallador empuje de las nuevas tendencias en las demás formas de expresión. La sintaxis, la retórica, el tono declamatorio y corsés como la rima, métrica y la división clásica en estrofas, son ampliamente burlos por los jóvenes literatos. Vicente Huidobro es quien interpreta el toque de diana con obras como *El espejo de agua*, publicado en Madrid en 1918. A continuación vendrían nombres como Jorge Luis Borges, César Vallejo, Oliverio Girondo, Manuel Apley Arce, Gabriela Mistral, Pablo Neruda... Nombres que hoy día son parte de la pléyade de la que vive la literatura y que va siendo punto de partida para la renovación que, en otro estridentismo, puede sacudirnos en el momento menos pensado.

A partir de la segunda década del siglo, la geografía literaria hispanoamericana se puebla de *ismos*. Hay un evidente deseo de consolidar escuelas y lo mejor para ello es dotarlas de un nombre propio, aunque se peque de rimbombancia. Riesgo que se iría a minimizar después, dada la calidad de la obra que sustentaba el título, y si no justifica del todo su desmedida semántica, sí por lo menos la perentoriedad del bautizo. Como la pauta era tomada de cualquier movimiento europeo, con tal matrícula se quiere presentar en el hispano y así el apadrinamiento viniese dotado de la más alta autoridad. Hay que tener en cuenta que la servidumbre por todo lo europeo era en aquellos tiempos superior a la actual, cuando la norteamericanización de la vida hispana es ya un hecho consumado.

Pero volviendo al vanguardismo y a las aspiraciones innovadoras, habría que resaltar los países donde el movimiento tuvo mayor eclosión. En México se empiezan a advertir los deseos de cambio desde las mismas filas modernistas como Ramón López Velarde y José Juan Tablada, quien trae a su obra aspectos de la literatura japonesa y conceptos como los espaciales e ideográficos. *Haikai* es una forma de expresión poética en la cual están condensadas figuras como la ironía, la síntesis y la liberación de imágenes. La rima es definitivamente abandonada por el poeta, quien se preocupa más de lo metafórico y analógico, haciendo que lo que es antagónico e incluso contradictorio, se funda en un nuevo ser todo él dueño de gran luz y plasticidad.

Tierno saúz  
casi oro, casi ámbar,  
casi luz...

La brevedad acude como común denominador, encerrando en ella la fuerza que sólo pueden darle las palabras empleadas por el poema en sí.

La Revolución Mexicana es otro factor que viene a sumarse a la renovación literaria. Y viene de la mano del muralismo que, con sus imágenes clamantes, es el empujón definitivo que estaba necesitando algo como el estridentismo. Movimiento efímero pero que conmovió a todos los sectores del país, no sólo a los estrictamente interesados